

RECONOCIMIENTO AL VALOR DEL MAESTRO

*Discurso del presidente Andrés Pastrana Arango,
en la entrega del premio Compartir al maestro colombiano.
Bogotá, 8 de octubre de 1998.*

Estamos reunidos esta noche para exaltar las calidades de quienes han dedicado su vida a formar niños y jóvenes. El verdadero maestro, no sólo es aquel que, como dijera Albert Einstein, sabe despertar en sus educandos la alegría de crear y de conocer, sino es él quien se constituye en un modelo de vida. Pues no hay mejor enseñanza que la del ejemplo.

Estoy seguro que la selección que hará la Fundación Compartir está integrada por un grupo de maestros que puede ser mostrado al país como modelo de ejercicio de esa noble y abnegada profesión. También creo que en Colombia pueden ser muchísimos los maestros opcionados a ganar este premio, pues silenciosamente creen y luchan a diario por construir un país mejor. Felicitaciones a todo ellos. Colombia, la sociedad entera, sus familias, sus alumnos, tienen que sentirse orgullosos por su destacado desempeño y por los servicios que le prestan al país.

No puedo dejar de expresar nuestro reconocimiento a Pedro Gómez Barrero y a la Fundación Compartir por la decisión de crear este premio para los educadores, que se apoya en la necesidad de elevar la calidad de la educación, pues privilegia la calidad y busca contribuir al mejoramiento y valoración social de la profesión del docente.

El acto de hoyes una muestra de lo que el sector privado puede y debe hacer. En cada comunidad, en cada municipio, en cada departamento, deberían multiplicarse los momentos de reconocer la labor de los educadores para emular la iniciativa de Compartir. Y no se trata solamente de otorgar premios.

Muchos educadores se sentirían especialmente reconocidos si se hiciera algo por mejorar las condiciones físicas de la escuela donde conviven con sus alumnos, si se les visitara ocasionalmente para compartir con ellos sus éxitos y sus dificultades, si se los invitara a hacer parte de las decisiones y eventos de la comunidad.

Quiero insistir en esta gran convocatoria: Que cada escuela sea el lugar donde confluyan los esfuerzos de la comunidad; que cada ciudadano por encumbrada que sea su posición, por importante que sea su papel en la sociedad, sienta que lo que ocurre en cada centro escolar es también un asunto suyo.

Nos ha correspondido la inmejorable pero comprometedora misión de preparar el camino que nos conducirá a un nuevo siglo, denominado con suficientes razones el "siglo del conocimiento". La sociedad del saber que estamos llamados a construir dependerá fundamentalmente del sistema educativo que desarrollemos y

de la capacidad que tengamos para convocar a todos y cada uno de los actores involucrados.

El maestro desde siempre ha sido el artífice de la educación en nuestras comunidades y hoy más que nunca su papel es insustituible. Pero en la Colombia moderna el maestro guía, el generador de ideas, el innovador, el productor de nuevas formas educativas es el que está llamado a recibir el reconocimiento.

El mejor maestro viene a ser hoy el que logre abrirse a la comunidad, el que induzca a sus alumnos a una educación permanente como forma de vida. Aquel que sepa sumar con la "ciudad educadora" y negociar el convenio del buen trato con un estudiante que ya no se está formando bajo su custodia para entrar en sociedad sino que se está formando dentro de esa misma sociedad.

Por fortuna hemos venido recuperando la conciencia de considerar al alumno como una chispa a la que hay que encender y no un recipiente vacío al que llenar. Estamos cambiando el modelo de enseñar en el que la teoría iba por un lado y la acción cotidiana por otro; en el que en el trabajo y en el cuaderno había que escribir valores, derechos, normas, pero en la vida real había que recurrir a las vías de hecho para imponer sus pretensiones.

Nuestro gobierno tiene el propósito irrenunciable de lograr una buena educación para todos y cada uno de nuestros niños. La educación que todos deseamos es aquella que impulsa el cambio cultural de largo plazo que tanto requiere nuestro país, que alienta los valores de la convivencia pacífica, que combate la discriminación social, que anima al uso sostenible de nuestros recursos naturales, que demuestra que la honestidad sí paga y que difunde las virtudes de la disciplina social y de la solidaridad.

El gobierno es plenamente consciente de que la educación, es una prioridad absoluta. En medio de la crisis fiscal y de las necesarias medidas de reducción del gasto público, ha sido claro que la educación no tendrá recortes. El gobierno sabe bien que invertir en educación es sembrar la paz y es romper el esquema de transmitir de generación en generación la pobreza, la desnutrición, la falta de oportunidades y otros factores causantes de violencia.

No se puede concebir una mayor productividad ni un mayor bienestar si no se logra más y mejor educación. Para eso es preciso aumentar el presupuesto de la educación y por eso se está haciendo todo lo necesario para que el porcentaje del PIB destinado a este sector vital de desarrollo no sufra ninguna disminución. En el futuro, la paz terminará tributando para la educación. Los presupuestos que se utilizan para la guerra encontrarán, en condiciones de paz, una muy buena causa para su inversión.

Sobre todo, si tenemos en cuenta que hoy la educación se debe concebir como un sistema, no como una suma de objetivos; no podemos seguir pensando en

cobertura sin preocuparnos por calidad; y ésta a su vez, no se comprende sin evaluación y capacitación.

Tenemos que asumir la educación, en relación con el Proyecto Educativo Institucional, no solamente como una herramienta que amplía el ámbito de responsables del proceso educativo al binomio escuela-comunidad, sino que hay que entenderlo, además, como un espacio para pensar y construir el futuro. Al fin y al cabo los muchachos que hoy educamos van a ser los ciudadanos y los líderes del mañana.

Tenemos que entender la educación como un servicio público integral, como sistema, como proceso que participa de todas las esferas de la vida del hombre. Es necesario educar para el agua, para cuidar y salvar el agua, educar para cuidar nuestro planeta; educar en la tolerancia, en el respeto a las diferencias; educar para el transporte y las comunicaciones y en especial debemos educar para la paz.

Para nadie puede pasar desapercibido que la población colombiana se debate entre la inmensa esperanza de conquistar una paz duradera y la angustia por un momento particularmente difícil de la economía. Y estos dos temas, de los cuales depende la oportunidad de consolidar las instituciones democráticas y a la vez impulsar con vigor el desarrollo, pasan forzosamente por la educación.

Esta idea es absolutamente clara para el gobierno. No bastará la voluntad de los grupos armados, la sociedad civil y el gobierno para dialogar y buscar acuerdos tendientes a la pacificación. La paz y la convivencia deben sembrarse y cultivarse desde la propia escuela primaria y la participación, y los valores democráticos, deben estar presentes en cada día escolar.

y todas estas cosas ocurren en la escuela y más concretamente en la relación que se establece entre el maestro y sus alumnos. A quién si no a los miles de maestras y maestros del país podemos pedirles que no ahorren esfuerzos para construir una paz duradera. A quién si no a ellas y a ellos se puede encargar la tarea de hacer que Colombia se proyecte hacia los retos que plantea el siglo XX I frente al conocimiento, la ciencia, la cultura y la productividad.

Es hora de romper con la historia pasada y cambiar el curso. Nuestra generación tiene la oportunidad de construir un nuevo país para nuestros hijos, sus alumnos. Por eso nos hemos comprometido a fondo con la paz, y la vamos a hacer.

Y en este propósito contamos con ustedes, los maestros y los educadores de Colombia, como gladiadores de primera fila.